

JAVIER CREMADES.

Volver a empezar

ESPaña ha dado un macabro campanazo en el mundo entero. Aunque por fortuna las aguas están un poco más calmadas, el cariz gansteril de los acontecimientos de los últimos días es sencillamente estremecedor.

Roldán, prófugo. Rubio y De la Concha, presos. Asunción, Albero, Solchaga y Corcuera dimitidos. González, a pesar de la rueda de Prensa del jueves, tambaleante. Una primera página contundente de cualquiera de los cuatro grandes podría dejarle definitivamente noqueado en la lona de la Moncloa.

El huracán de la corrupción, que parece querer acabar con todo, no es sólo una derrota para el Gobierno o para el PSOE. El precio que todos tenemos que pagar va a ser altísimo.

Para evitar males mayores (los ya producidos son muy graves), es necesario volver a recuperar la confianza, acentuar la credibilidad de las instituciones y reconducir al país a la normalidad, aunque ésta revista coyunturalmente la forma de dimisiones, procesamientos o encarcelamientos.

Lo sucedido en los últimos días, que sin duda señala un antes y un después, ha venido marcado, entre otras, por las siguientes pautas:

1. Deterioro de la confianza popular en los partidos políticos y en la clase política. Es una evolución no descabida, pues lo que en último término está en juego es la propia democracia, que no se concibe sin partidos representativos. La desvertebración política de la joven democracia española sería el peor de los cánceres que se le podrían diagnosticar.

2. Entronizamiento de los medios de comunicación. Las instituciones han vivido a remolque del periodismo de investigación, que ha prestado un inmenso servicio al país. Roldán no llegó a ministro del Interior por culpa de DIARIO 16, y a Rubio le ha metido «El Mundo», en la cárcel. La colaboración de confidentes y resentidos y, sobre todo, el instinto y el buen hacer de redactores y editores han propiciado la operación «Manos limpias», a la española, que aún se encuentra en su fase de centrifugado.

3. Inauguración definitiva en España de la cultura de la dimisión, de la responsabilidad política. Este era uno de los grandes déficit de la democracia española. La nueva era llega de la mano de las fulminantes dimisiones de los ministros de Interior y Agricultura, Asunción y Albero. Ahora que han rodado tantas cabezas, casi todas ellas demasiado tarde, se

sabe que la no dimisión a tiempo puede motivar que la gangrena se extienda a las partes sanas. Uno de los principios fundamentales de la democracia: quién la hace la paga, hasta la fecha sólo era entre nosotros una excusa para depurar a enemigos políticos y deshacerse de personajes incómodos.

4. Felipe González. La dimensión histórica de la figura del líder sevillano ha quedado tocada. Pero no hundida. A él y sólo a él, como compositor y maestro de ceremonias de la España socialista, le corresponde la mayor de las responsabilidades de la evolución de los acontecimientos. También a jefes de Gobierno y de Estado, sobre todo a ellos, les atañe y afecta lo de la responsabilidad política. Pero si González hubiera anunciado su dimisión el pasado jueves, la gravedad de la situación se habría multiplicado exponencialmente. No se entiende la postura del Partido Popular: algunos de sus líderes afirmaban que estamos ante la más intensa crisis nacional desde el 23-F, pero casi todos deseaban descabezar al Gobierno. España necesita normalidad institucional y González tendrá que pasar los bártulos al próximo presidente del Gobierno en otras condiciones.

5. Renacimiento económico. La Bolsa alcanza sus mínimos anuales

y la peseta se debilita. Hay que volver a poner la mirada en el tren internacional de la recuperación y en las magníficas expectativas de la temporada turística, que ha empezado con la llegada de Lady Di, como una turista más, al hotel Byblos de Benalmádena.

6. Nueva coyuntura política. Si se vaticinaba una derrota electoral de los socialistas en las elecciones al Parlamento Europeo, ahora se dice que la debacle podría llegar también hasta las andaluzas. El caudal político de 1982, parece definitivamente agotado. Pujol, su partido y su Generalitat tienen ahora, más que nunca, la llave de la gobernabilidad. El precio de su colaboración ha subido de forma inversamente proporcional al deterioro de la posición política de González y de los suyos. El PP se deshace de ansiedad, pero son la auténtica alternativa, y hay que confiar en sus cuadros, equipos e ideas.

6. La inapelable solidez de la posición de la Corona. La construcción teórica de CONSTANT del poder neutro y el diseño constitucional de la Jefatura del Estado funcionan. Como dice el artículo 56 de nuestra Carta Magna, el Rey, Jefe del Estado, es el símbolo de su unidad y permanencia. El texto está más vivo que nunca.

Es necesario confiar y seguir tra-

bajando. Hay que aprender las lecciones, aunque como ahora, sea a base de palos.

En 1983, cuando González ni siquiera llevaba un año en el poder, José Luis Garcé ganaba un Oscar con su película «Volver a empezar». Fue un premio que ilusionó a toda la sociedad española y es un título muy sugestivo para la España contemporánea. Ahora, y aún cuando la Interpol no diera nunca con los huesos de Roldán, es tiempo de pronunciarse públicamente desde la serenidad. Eso sí, en las próximas elecciones, lleguen cuando lleguen, habrá que hacer balance y apoderar a los más capaces.

Mientras tanto les recomiendo que vuelvan al cine. Al cine español de Garcé. Hay que relajarse y hacer patria. Si algo de tiempo les queda, vayan a ver su última obra, «Canción de cuna»: bello título y mejor historia. No lo hagan como vano ejercicio de evasión, sino para observar la vida y la realidad desde primas muy diferentes. El título, como el de su gran obra de 1982, parece anunciar una nueva era, la que necesita la sociedad española. Y la historia... esa, que no es de pillos y ladrones, espero que la disfruten.

Javier Cremades es profesor Asociado de Derecho Constitucional en la UNED.